



**Título:** ANDADURA. Chile: vertientes en la arquitectura entre el '68 e Internet

**Autores:** Pablo Labbé y Renato Vivaldi

**Edición:** Lado B Creativos

**Páginas:** 200

**Año:** 2024

Debo partir confesando que con los autores de Andadura sostenemos un diálogo desde hace más de dos décadas, lo que no es poco. Un diálogo en que si nos interesa el pasado es por el patrimonio. Y si nos interesa el patrimonio es por el futuro, en eso creo que coincidimos. Sin embargo de nuestros puntos en diferendo debemos advertir la insistencia que ellos hacen del mito y la que yo hago por la historia para, digamos, darnos explicaciones causales sobre la arquitectura y sus circunstancias de origen. Uno más lejos y otro más cerca de una ficción. Es decir una invención en que mientras los cuentos se fundan en el mito, las novelas modernas más bien remite a la historia. De este modo revisando lo que nos propone el libro Andadura, se me impone disciplinarmente la pregunta desde el trabajo de la historia ¿cuáles han sido los hilos argumentales de las narrativas disponibles para explicarnos la historia de la arquitectura Chilena?

Por un lado tenemos las referencias biocéntricas a la figura de Toesca, pues pareciera que antes de la llegada del italiano por estas tierras lejanas no hubiera habido "arte" ni "disciplina" de la arquitectura. Así descartan de entrada nuestras historiografías todo lo que de formal pudieron haber tenido los esfuerzos de tantos constructores, alarifes y jefes de obra que sólo cumplieron con su deber de dar condiciones de habitabilidad a sus coterráneos. Y antes de ello la constación de una arquitectura sin arquitectos, pareciera que no fuera tema de arquitectos e historiadores, sino que apenas de arqueólogos.

Por otro lado tenemos la idea que que la Modernidad es una gesta cuyo destino manifiesto tiene antecedentes proto modernos y consecuencias postmodernas, en medio de lo cual discurre una arquitectura tradicionalista, que nunca fue muy historicista, sino que más bien academicista. Lo que no es lo mismo. En suma las narrativas taxonómicas que se imponen una vez que el establecimiento de los hechos nos permiten enlistar autores y obras, en torno a sus materialidades, formas y espacialidades, no mucho más. Por lo anterior es que Andadura se hace cargo de una narrativa intermedia desde una persistencia de baja intensidad que se anida entre 1968 y la diseminación del uso del internet por estos pagos. Entre esas fechas se sistematiza un cierto reconocimiento colectivo, la que podría ser atisbada como una generación. Como si la suma de todos los días vividos entre ellos cupieran en un recinto llamado generación. Tal vez, pero ese apelativo podría no ser del todo convincente, por más que estén asociados a una periodificación que tiene los hitos referidos, pero que sin embargo a poco andar se ven afectados por un punto de inflexión muy duro. Y es que si el Golpe te pilló sin obra construida, nada asegura que la obra se construya de golpe. Al menos no para aquellos que difícilmente se acomodarían bajo regímenes que liberalizan el uso del suelo, desarman la organización gremial, intervienen las universidades y convierten a los arquitectos en instrumentos del mercado. Sabemos históricamente que la autonomía disciplinar no va de la mano de la autonomía del ejercicio profesional, más bien se confrontan. Ahí tenemos a grandes "genios" que sin "mecenas" no podían ejercer. Y que cuando recibían encargos sus libertades estaban siempre amarradas

por el cliente de turno. Andadura nos recuerda que en un punto el Estado subsidiario no diseña, solo fiscaliza y controla, cuando lo hace en el menos corrupto de los escenarios. Y que los inversionistas privados tampoco diseñan, más bien encargan siempre con el interés de aumentar la plusvalía del suelo, ofertar oportunidades de localización y eventualmente ofrecer imágenes de una habitabilidad que siempre remedia la decoración “pasada de moda” del momento. Como si la dignidad del mobiliario se sometiera a la humillación de unos espacios informes que no alcanzan a instituirse bajo las reglas de Vitrubio. Misma cosa para eso que podemos denominar genéricamente como “espacio público”, del cual el “aseo y ornato” no da cuenta más que de unos elementos dispersos y pretendidamente ordenados en medio de vías, redes y flujos.

Andadura deja ver esas fallas como una virtud a la manera de un hilo de oro como un “kintsugi” japonés, preguntándose ¿dónde está el brillo apenas asomado entre barros apelmazados, maderas imputrescibles y cimentaciones mohosas, en tanto mantiene unido los varios fragmentos de eso que podríamos haber sido, de no mediar la destrucción de un edificio? Y es que con la destrucción de una obra de arquitectura, la del italiano Toesca, comienza el desasosiego de un largo momento en la Andadura de los y las arquitectas que se formaron intelectual, afectiva y políticamente durante la segunda mitad de los años sesenta.

Unos años que nos interesan y nos intrigan, tal vez por razones elusivas y poco relacionadas con la arquitectura. O tal vez sí. Ya que los hechos humanos le resultan tan necesarios al oficio de los arquitectos, respecto de un oficio que se construye desde los afectos, las sensibilidades y las posteridades. Arquitectura que anda, que se cae y que incluso un día se va a olvidar, de no mediar las escrituras de sus protagonistas que, Andadura mediante, ahora podemos leer invitados a encabalgarnos en su memoria.

Dr. José de Nordenflycht Concha  
Universidad de Playa Ancha, Valparaíso.